

DISCURSO CIVICO

QUE EN ELOGIO

DE

D. A. DE ITURBIDE

PRONUNCIÓ

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1843

EN LA CALZADA DE GUADALUPE

DE MORELIA

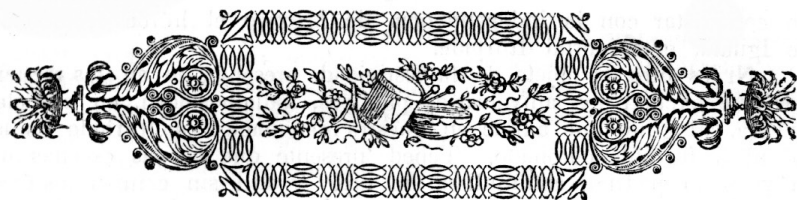
El Lic. Antonio Moran,

CATEDRÁTICO DE FÍSICA Y MATEMÁTICAS DEL
COLEGIO SEMINARIO, Y VOCAL DE LA ILUSTRE
JUNTA DE INSTRUCCION PÚBLICA.



MORELIA: 1843.

IMPRENTA DE IGNACIO ARANGO,
calle del Ciprés Núm. 2.



EL elogio de D. Agustín de Iturbide, pronunciado en este lugar honorífico, podría parecer, conciudadanos, una ofrenda vil de la adulación, si mucho ántes de la muerte de este personaje ilustre no se hubiese arrancado de raíz el vástago nuevo á que habian de estar unidos los destinos del pueblo mexicano. Pero este acontecimiento que la historia juzgará en una época mas lejana, remueve los obstáculos que pubieran detener la marcha del panegirista, y abre un campo libre y espacioso al reconocimiento de una nacion independiente. Las cenizas del guerrero, ceñido al fin de la corona imperial, corrieron ya la suerte de los reyes destronados, mas la memoria ilustre de, caudillo que rompió la enorme cadena de antigua dominacion que ataba los mundos, espera de las generaciones presentes y futuras al noble tributo de admiracion y alabanza que de justicia corresponde á lel felices proezas del héroe. No vengan pues aquí, señores, las pasiones mal apagadas de una época reciente, á contener los vuelos nobles de un verdadero entusiasmo, y á sofocar el acento puro de una sincera gratitud. Dejemos intacto y libre el respetable dominio de la historia; y miéntras la filosofia política acopia los datos importantes que han de servirle despues para juzgar á D. Agustín 1.º, nosotros, reunidos aquí bajo la influencia comun de un sentimiento patriótico, encarezcamos y admiremos, como es debido, la gloria sublime que su-

4

po conquistar con la independencia de México el héroe esclarecido de Iguala, el inmortal Iturbide.

Ni es otro el objeto de la festividad presente, ni en los recuerdos que excitan los aniversarios públicos, hallamos aquí, en este claro día, ninguno que anime en nuestra imaginación á Iturbide realista, ni á Iturbide coronado. Tened presente que en las escenas de la vida no podrían confundirse sin error y aun sin crimen las épocas diversas de los hombres ó de los pueblos; que la posteridad no se equivoca nunca, que siempre visita con su penetrante mirada, instante por instante y uno por uno, todos los caracteres que en el curso de su vida pública van desenvolviendo los grandes personajes que han dispuesto alguna vez de la suerte de las naciones; que siempre justa en sus sentimientos, no admira sin exámen, no confunde sin motivo, no alaba sin discreción, ni vitupera sin crítica: acordaos de que unas veces deja correr sin término el torrente de su gratitud, y otras precipita sin lástima su execración sobre los personajes malvados que han abusado del poder; y ya la vemos sóbria y moderada en sus elogios, ya discreta é indulgente en sus reproches.

Algunas manchas, pues, que limiten por alguna parte el esplendor glorioso de Iturbide, no deben inspirarnos horror, ni hacernos volver la vista, tal vez con la esperanza quimérica de hallar un héroe perfectísimo, que nunca hubiese pagado el humano tributo á la debilidad y al error. Tanto mas justos apreciadores del heroísmo, cuanto mas se han disipado las ilusiones peligrosas no mui antiguas, podemos y debemos en este caro día detenernos extasiados á contemplar, como verdaderos patriotas, el espectáculo sublime de la verdadera gloria militar, de la gloria de un guerrero ilustre, que despues de haber encadenado el brazo fuerte de los antiguos reyes, se presenta á la faz de sus contemporáneos, anunciando á su siglo el advenimiento suspirado de las libertades públicas. He aquí el grande suceso que nos recuerda el 27 de Setiembre de 821, en que el ejército trigarante entró á la nueva Metrópoli, y en que la noble bandera tricolor, tremolando magestuosamente acá del Atlántico, parecia franquear el paso á los siglos de oro, que habian de eternizar la memoria del pueblo mexicano, de este pueblo que bajo el triple auspicio de la religion, la independencia y la union, veia nacer en su seno la libertad verdadera, la de llegar por sí propio á su mas alta ventura, multiplicando por todas partes los elementos preciosos de prosperidad y grandeza.

Yo bien sé que no todas las personas que me escuchan tienen las mismas ideas acerca de Iturbide, y que nos hallamos mui poco distantes del año de 22, para que dejen de humear aun en el corazon de los mexicanos aquellas pasiones diversas que engendra en todos tiempos el repentino choque de las tendencias políticas y de los intereses individuales: sé que hablo en una ciudad que fué la cuna

5

dél héroe, y acaso por esto en el lugar ménos á propósito para conquistar en favor de su memoria un voto comun de admiracion y reconocimiento. Pero sé tambien que hablo entre personas ilustradas, entre amigos de la patria; que nadie dejaria hoi de aplaudir la independencia de México, sin quedar por el mismo hecho relegado á la pública execracion; que nuestra independencia y el nombre de Iturbide son inseparables; y que las circunstancias nos colocan á todos en la alternativa indispensable de detestar la primera ó de aplaudir al segundo. Es mui grato para mí hallarme en tan bello teatro, en circunstancias tan felices y entre personas de tan relevante patriotismo; y á la vista de vuestras luces, de vuestro carácter y de vuestras virtudes, tengo motivo de esperar, conciudadanos, que no seré mas que el órgano de vuestros sentimientos y de vuestras ideas al pronunciar el elogio de Iturbide.

¿Mas cuál debe ser al presente la marcha de mis ideas? Decirlo todo, seria mas bien trazar un cuadro histórico, que circunscribirse á un discurso encomiástico. Obligado pues á ceñirme en materia tan fecunda, permitidme que os hable primero de las cualidades guerreras de Iturbide, y os manifieste despues el uso mas digno que puede hacerse de los talentos de ese género. Quiero servirme de una vida tan fecunda, para presentar un modelo al valor, y para exponer al reconocimiento y á la admiracion, un personaje ilustre, que elevándose por sí mismo al rango de los héroes, mereció los homenajes que se tributan al génio.

PRIMERA PARTE.

Es mucha gloria para Iturbide haber alcanzado una fama tan extendida por sus talentos militares, en circunstancias y tiempo, en que el mérito de nuestros compatriotas, léjos de hallar impulso, tropezaba donde quiera con mil obstáculos, y habia menester en cierto modo de sujetarse á la mas penosa inaccion, y mantenerse oculto en la mas triste oscuridad, para no caer bajo el azote de una tiranía sistemada, que creia distinguir un cabeza de banda, un caudillo de insurreccion, en cada mexicano de aquellos que de vez en cuando de-

6

jaban traslucir esas dotes brillantes del espíritu, que con tanta liberalidad prodiga la naturaleza bajo el hermoso cielo de Anáhuac.

¿Qué se necesitaba, señores, para grangearse entónces el universal concepto de que gozaba Iturbide? Tener una alma grande, un génio superior, un talento de aquellos que no saben circunscribirse, ni por los amagos del poder, ni por el influjo de las circunstancias ménos propicias. Mui jóven todavía, vislumbra un rayo mágico de gloria, que le saca del seno de los estudios pacíficos y le precipita ya desde los primeros albores de la vida en la escuela práctica de los Capitanes ilustres. Tiende su vista por la carrera de las armas; y aunque se le presenta desde luego un espectáculo mui alarmante, como es el de la severa economía de un gobierno en extremo parco para conceder los ascensos, nada es capaz de contener los ímpetus generosos de su carácter bélico; y abandonando con heroica tranquilidad su futura suerte en brazos de la fortuna, parece ocuparse todo en merecer los homenajes que otorga la sociedad al talento y al valor. Yo le veo pues, conciudadanos, anticiparse mucho á la época de los triunfos, militar bajo el gobierno de caudillos bien formados, merecer sus elogios y á veces su admiracion, y dejar casi siempre en pos de sí aquella brillante huella que anuncia los pasos de la victoria. Cuando busco en este génio extraordinario aquel concurso exquisito y raro de cualidades que la observacion ha recogido en el campo de la historia y reunido en un punto para formar el bello ideal del guerrero, las veo como por encanto aparecer todas en el hombre insigne que nos ha reunido en este lugar.

Un admirador supremo de todos los grandes hombre que ilustran los fastos de la antigüedad, dejó consignada á los guerreros que hubieran de aparecer en la série de los siglos, una enumeracion filosófica de las cualidades que deben distinguir á un capitán digno de este nombre. Ciencia militar, valor, autoridad y fortuna: he aquí los caracteres que buscaba en el guerrero el panegirista de Pompeyo.

¿Y á quién podria otorgarse, de cuantos figuraban en aquella época, el homenaje que se debe á la pericia militar, si hubiera de rehusarse al grande Iturbide? Yo bien sé que su nombre no es de los que ilustran las épocas de las ciencias; que no puedo presentar aquí una galería de sabias producciones capaces de autorizar un renombre en la parte especulativa de la guerra; que la época fué bastante oscura para nosotros, y en extremo mezquino el aprendizaje de la parte científica, para buscar los títulos que pudiera presentar Iturbide á la admiracion de los sabios: pero tambien sé que hai otro animo por donde se pueden merecer tales laureles; que Iturbide dió muestras inequívocas de una habilidad consumada, que la naturaleza en él se adelantaba mucho sobre el arte, y que su genio, ufano con sus trofeos, parecia desdeñar en cierto modo la tranquilidad tar-

dia pero segura, de los estudios especulativos. ¿Qué planes de una buena táctica le fueron desconocidos? ¿Qué combinaciones pudieron escapar á la rara penetracion de aquel caudillo? ¿Qué de creaciones no verificaba casi por instantes su fecunda imaginacion? El génio de Iturbide fué, no vacilemos en decirlo, superior á su época y á su teatro: los acontecimientos diversos que venian á modificar á cada paso la escena de la guerra, cedian al poder irresistible de su pensamiento, servian siempre á sus designios y parecian comunicar una fuerza prodigiosa á aquel cálculo que adelantaba, digámoslo así, los resultados. Vigilante, activo, penetrante, sagaz, todo lo preveia y todo lo preparaba: tal era la fuerza de combinacion con que procedia siempre, que parecia desdeñar generosamente los recursos poderosos de la fuerza fisica, dejando al génio el cuidado de conquistar la victoria.

¿Qué conocimientos no debemos suponer en un hombre que de los juegos de la infancia pasó al peligroso aprendizaje de la guerra; que vivió en la época mas borrascosa, presentada en Méjico desde la conquista del Nuevo-Mundo; que pasó su juventud sujeto á la disciplina severa del ejército de Castilla; que viéndose mil veces en los mas graves peligros, sálió de ellos con gloria; que figuró en casi todos los combates que llenan las páginas de la historia contemporánea; que aprendió el arte de la guerra, no con los preceptos de un ayo sino con los golpes siempre acestados y siempre impedidos, no como un instrumento ciego, sino dirigiendo las masas, no con las derrotas, sino con los triunfos?

¿No es cierto que la misma novedad de la guerra, el desórden consiguiente á la falta de pericia y de instruccion, la caprichosa táctica improvisada por el arrojo y no por los conocimientos, y la misma ignorancia general, hacia mas dificultosa la marcha del talento en la revolucion de 1810? La ciencia, señores, simplifica los procedimientos, uniforma en cierto modo la agresion y la defensa, y ofreciendo sus datos sin restriccion al hombre que la cultiva, abre un campo espacioso á la prevision, y fecunda en cierto modo los talentos militares. Yo tengo, pues, sobrado motivo de afirmar, sobre los datos que me suministran la oscuridad de la época, el capricho de las circunstancias, la envidia sistemada de los caudillos españoles y las consideraciones que ganó D. Agustin Iturbide entre personas muy sobrias en materia de elogios, que fueron gigantescos los talentos que este grande hombre recibió de la naturaleza.

¿Qué diré de su valor? ¿Cómo exaltar debidamente ese conjunto de pruebas que supo dar á su siglo? ¿Podrá rehusarse nunca á su memoria, ni aun por sus propios enemigos, el tributo que de justicia corresponde al esfuerzo noble de un caudillo valeroso? Si alguno tuviese la audacia de desmentir esa confesion unánime que han hecho francamente todos los partidos en reconocimiento del áni-

8

mo esforzado de este guerrero, un desprecio de ignominia sería la digna recompensa de su temeridad, y la voz impostora no tendría un solo eco en el inmenso concurso á quien me dirijo. ¿Su actividad infatigable en la campaña, su fortaleza en los peligros, su celeridad en las expediciones, su consejo pacífico en las crisis mas peligrosas, son por ventura cualidades que se le disputan? ¿No bastan ellas para dar un testimonio cierto del verdadero valor? Si yo viese, ciudadanos, á encomiar en presencia de un auditorio tan ilustre el arrojo, estéril de un soldado temerario, me faltarían sin duda los argumentos que se necesitan para comprobar el valor. Pero hablo de un hombre que nunca aspiró á triunfos de esta clase, y que en el esfuerzo noble del ánimo buscaba los resultados que se propone el arte de la guerra. Iturbide miró siempre con serenidad la muerte, la miró, vosotros lo sabéis, hasta el momento en que supo que ya era inevitable; pero nunca tuvo el arrojo de pretenderla: sabía que no merece el nombre de valor ese movimiento frenético que juega con el peligro, sino aquella grandeza de alma, que parte de la inteligencia, aquella inalterable serenidad que comunica el amor de la gloria.

¿Pero qué prueba mejor de esta cualidad pudo presentarnos Iturbide, que la misma reputación adquirida en su favor? Bien sabéis, conciudadanos, cuánto importa para el buen éxito de los proyectos militares, esa grande autoridad que con un mérito bien comprobado, se grangean hasta en el campo enemigo los capitanes ilustres; y bien sabéis cuál fué la nombradía de este caudillo, no ya en los tiempos de su mayor elevación, sino cuando estaba todavía rodeado por donde quiera de rivales astutos y poderosos. ¿Cómo enumerar aquí aquellas muestras fecundas de la consideración mas distinguida, aquellas empresas fiadas á su pericia, aquellas expediciones frecuentes que le grangearon tanta fama? ¿Quién olvidará jamas, que al solo ruido de su nombre allanaba los pasos de la victoria; que su presencia sola rindió muchas veces las plazas enemigas; y que los nobles ecos de independencia resonaron mucho ántes de que agitara los aires el trueno del cañón?

La naturaleza parecía complacerse en prodigar á este guerrero los mas ricos de sus dones; y la misma fortuna, que las mas veces rehusa sus favores al mérito, parecía acompañar por todas partes los pasos de Iturbide. ¿Mas cuáles son aquí, conciudadanos, los grandes argumentos que han de servirme para probar la fortuna de Iturbide? ¿Será el éxito feliz de todas sus empresas? ¿Será aquel ascendiente poderoso que tenía su palabra? ¿Será aquella docilidad suma con que se allanaban los obstáculos, para despejarle el campo de la victoria? ¿Será aquella grande y muy extendida fama que llevaba su nombre hasta las extremidades de reino? ¡Ah! Todos estos son dones quiméricos, y la posteridad no quiere reconocer grandeza donde

9

no distingue los nobles caracteres de la verdadera gloria? ¿De qué sirvió á Sila haber sido el terror de su siglo, ni qué derechos alegará Julio Cesar despues de haber pasado el Rubicon? Y si los monumentos de bien público no hubiesen escapado de los peligros de la celebridad al Capitan de los tiempos modernos, ¿qué sufragios ofrecerian hoi en favor de su gloria los repetidos triunfos que llevaron su nombre hasta las antiguas pirámides de Egipto? ¡Infeliz del guerrero que se olvida de la verdadera gloria; pero mui dichoso aquel que acierta á comprender siquiera una vez en su vida cuánto vale para la posteridad el caro nombre de patria!

Yo no debo, pues, conciudadanos, detenerme en las cualidades del espíritu, el talento de la guerra, los prodigios del valor y el aspecto siempre risueño de la fortuna; ni seria tampoco digno de esta festividad patriótica reducirse á referir proezas militares que no tengan una relacion directa con las glorias de la Nacion. Así es que la mayor gloria y la mas grande fortuna de Iturbide consiste, como todos sabemos, en la independenciam de Méjico, en este acontecimiento con que él justifica y otros excusan su primera conducta política, en este acontecimiento que abrió á la Nacion una carrera de gloria, en este acontecimiento para siempre célebre en los fastos de la historia moderna.

SEGUNDA PARTE.

Sin duda es un grande y bello espectáculo el que ofrece á la sociedad un guerrero, que despues de haberse arrastrado la admiracion con el éxito brillante de mil encuentros peligrosos, puede asegurar que jamas ha hecho resplandecer su acero en el campo del honor, sino para oponerse á las revueltas politicas, como el verdadero ministro de la lei y el escudo mas firme de su patria. Pero el establecimiento de un órden fijo y la legitimidad del Gobierno instituido, si por una parte consignan estos hechos ilustres, como unos caracteres dignos de la noble profesion de las armas y les aseguran con el re-

2

10

conocimiento de la Nación un tributo de gloria, hacen por otra que tales hechos entren en el sistema común de las virtudes sociales, y que no sean por esto lo mas admirable y sublime que registra el entusiasmo en los fastos de la gloria. D. Agustín de Iturbide aspiró ciertamente á merecer estos honores durante el curso de la revolucion del año de 10, ofreciendo su espada terrible al Monarca de Castilla. Pero ¿los mereció en efecto? Alistado en las banderas del Rei que halló gobernando al Nuevo-Mundo, desde que abrió sus ojos á la primera luz, educado en la disciplina severa de la Monarquía, ligado con el triple vínculo de la religión, del deber y del honor á las ordenanzas del ejército, sorprendido repentinamente con el espectáculo nuevo de una revolucion improvisada, que no era vista sin duda como el resultado preciso de las circunstancias políticas del país, ni pisaba las huellas de la filosofía, precursora constante de todos los cambios sociales; de una revolucion que no manifestaba por cierto aquel sistema progresivo de medios, donde la crítica reconoce los caracteres de la sabiduría, ni contaba con aquel punto luminoso que reúne y combina todos los grandes intereses, centraliza las operaciones y presenta la union como un muro inexpugnable donde vienen á estrellarse todos los embates de la persecucion; de una revolucion que por falta de preparativos oportunos, parecia amagar, no solo al Gobierno colonial que era su objeto, sino tambien desgraciadamente á la moral pública y privada, hiriendo la severidad de la antigua disciplina, que ciertamente no podia relajarse sin aventurar el éxito de la empresa mas justa: sorprendido, vuelvo á decir, por esta revolucion, debió D. Agustín de Iturbide alistarse bajo las banderas de los primeros caudillos? Si escuchamos las inspiraciones de un corazon apasionado por la libertad, si obedecemos á los estímulos de un entusiasmo patriótico, si trasponemos los siglos para retroceder á la época de Hernán Cortez, si calculamos la prosperidad y grandeza que debe conquistar un Pueblo libre cuando se gobierna por sí mismo; si nos representamos lo que hubiera sido esta Nación magnánima, haciendo servir á su propia gloria tantos ricos y fecundos elementos que prodigó la naturaleza á sus hijos y á su suelo; un sentimiento inexplicable subyuga de tal modo nuestras almas, que olvidándolo todo y viendo solamente las cadenas que pesaban sobre nosotros, y no escuchando mas que los nobles ecos del grito de Dolores, nos apresuramos á decir, que la espada de Iturbide debió brillar desde luego en las filas de los primeros héroes. Pero él pensó de otra manera. ¿Le absolveremos? ¿le condenaremos? Este fallo no ha de ser obra nuestra; que nunca las memorias recientes dejarán de ser un estorbo para fallar irrevocablemente sobre el carácter de los grandes hombres y el último destino de los héroes. ¿Era un deber de todo Mejicano tomar las armas contra el Monarca de Castilla? ¿Era un derecho de todo Mejicano dejarse gobernar, y some-

II

terse á su imperio, aunque descubriese al fin de una larga serie de progenitores á un usurpador legando á su inmensa posteridad el mentido derecho de conquista? ¿el número de los que se levantaron podía reputarse como una mayoría completa, suficiente para decidir la gran cuestion sobre la voluntad del Pueblo soberano? ¿el Pueblo tenia bastante ilustracion, y conociendo sus derechos manifestó su voluntad decisiva de sostenerlos? ¿era ignorante aún? ¿habia por esto un derecho para que enalquiera interpretase su voluntad? ¿y cuál interpretacion debía reputarse auténtica? ¿la del Gobierno, que le aseguraba, con la estabilidad del orden, la vida, el honor y la propiedad? ¿ó la de los primeros caudillos, que le brindaban con la libertad, la reconquista de tantos derechos hollados, el término de una esclavitud de tres siglos, el glorioso principio de una era de ventura, la plenitud absoluta de todos los goces sociales? Comprendo, conciudadanos, toda mi insuficiencia para resolver estas cuestiones; pero felizmente persuadido de que yo no he traído aquí una mision tan espinosa y comprometida, abandono esta parte de la vida del héroe á la justa severidad de la historia: que si una incertidumbre desagradable no permite á la imaginacion recorrer con su vuelo atrevido todo el espacio que comprende la vida de este grande hombre, tampoco es necesario repasar la escala toda de sus triunfos militares, para exponerle á la vista de todo el género humano sobre la excelsa cumbre de la grandeza y de la gloria. Miéntas los pueblos, conciudadanos, pronuncien con el entusiasmo propio del patriotismo los caros y augustos nombres de independencia y libertad, el héroe que me ocupa correrá con los siglos, hará palpar el pecho de todas las generaciones que pueblen el vasto suelo de Anáhuac, y como las tinieblas huyen al difundirse por el horizonte los primeros albores de la mañana, así los errores del héroe, si los tuvo, quedarán disipados para siempre por los rayos de gloria que desde Iguala precipitó sobre el mundo y la posteridad.

Si D. Agustín de Iturbide subió al trono de Moctezuma y abrió con este acontecimiento una carrera espaciosa, no ménos al talento del político, que á la astucia vigilante y suspicaz de tantos enemigos, que todos los grandes hombres arrastran en pos de sí, el suceso quedará reservado á las especulaciones científicas, y al cabo de algunas generaciones obtendrá la debida calificacion en el juicio inapelable de la historia; pero ni su advenimiento al trono, ni los servicios que ántes de la independencia prestó constantemente al Monarca de Castilla, eclipsarán su gloria, ni podrian servir de excusa á la ingratitude de los Mejicanos. ¿Combató contra los gefes de la revolucion de Dolores? no está decidido que con esto haya sido culpable, y aun cuando haya cometido faltas, hizo la independencia, y todo lo recompensó magníficamente. ¿Subió al trono para deferir á la voz del Pueblo que acababa de libertar? he aquí un grande

12

sacrificio que le cubre de gloria. ¿Fascinado por el resplandor de un triunfo tan bello como la independencia de su patria, aturrido por el ruido de la celebridad, embriagado con el incienso de la adulación, hizo lo que no debía, nombrándose Emperador de Méjico? Calmados los primeros ímpetus, y cuando llegó á persuadirse de que su autoridad era embarazosa, si no para la felicidad pública, á lo ménos para la libertad de las opiniones y para la transaccion política de los partidos, yo le veo bajar espontaneamente de la mayor altura y deponer á un mismo tiempo en las aras de la patria el cálculo del político, la espada del guerrero y el cetro del Monarca. Á la vista de un desprendimiento tan sublime, de una accion tan generosa y magnánima, de un ejemplo tan alto de patriotismo y de virtud, un sentimiento indefinible llena mi corazon: admiro aquí el mayor de todos los triunfos; y si en la historia de la sociedad cabe mayor gloria que la de salvar á un Pueblo, le veo mas grande que nunca, conciudadanos, cuando abandona para siempre las queridas playas de su patria. He aquí la doble grandeza que ostentará siempre el héroe de Iguala: grande cuando nos dió la independencia y la libertad; mas grande todavía, cuando bajando del solio, se resuelve á poner el oceano entre su persona y el delicioso suelo que acababa de deberle su elevacion y su gloria.

La independencia de Méjico es un acontecimiento que ligó con relaciones mui íntimas los pueblos ilustres de Dolores y de Iguala, y unió con los vínculos de la inmortalidad á Hidalgo é Iturbide. En esa carrera variada de azares y fortuna, de triunfos y derrotas, en ese camino andado por nuestros héroes, sembrado indistintamente de trofeos y de patíbulos; nuestra alma descubre mil recuerdos ilustres, é innumerables monumentos de grandeza y de gloria. Concebir el designio y acometerlo: he aquí el título comun que asocia en el reconocimiento de los Mejicanos á todos aquellos caudillos á quienes esta reciente posteridad tiene ya colocados con respeto en el panteon angusto de los héroes; y lo mucho que pudiera decirse elogiando al caudillo por su empresa y por su ánimo valeroso en ejecutarla, no ha mucho, conciudadanos, que lo hemos repasado con gozo indecible al ofrecer un espontáneo tributo de gratitud y admiracion á los Hídalgos, Morelos, Allendes, Matamoros, á todos los personajes de eterna memoria, que interrumpieron el silencio de trescientos años con el grito glorioso y formidable que llevó con sus ecos hasta las extremidades de Anáhuac, las esperanzas de una próxima y grande regeneracion política. ¿Pero Iturbide no tiene carácter alguno singular que le distinga de los otros héroes? sí: el plan de Iguala es un triunfo del génio, el sistema de su ejecucion es de un carácter único en la historia de las revoluciones humanas, y la triple garantía que formaba la divisa de la nueva patria fué sin duda un producto de la mas consumada política.

13

Recordad si no, conciudadanos, las circunstancias en que se hizo la revolucion de Iguala, y decidme si al grande Iturbide faltó uno solo de los timbres del héroe. Yo no puedo, á la verdad, representarme aquella escena crítica sin sucumbir bajo el peso de tantas reflexiones como sugiere ese acontecimiento grande que abrió la era presente y consignó para todos los siglos el nombre de Iturbidé. ¿Habrá por ventura quien desconozca cuánto importa en la balanza de la crítica ése golpe de genio que parecia sojuzgar por la fuerza del pensamiento, mas que por la accion de las armas, hasta el antiguo poder de los conquistadores? ¿Qué, la realizacion de la independencia mejicana presentaba ménos obstáculos en 1821 que en 1810? ¿quién tendria la ligereza inaudita de alegar en apoyo de las pocas dificultades la prontitud maravillosa con que todo quedó consumado? No negaré que la revolucion de las ideas estaba bastante adelantada, que las garantías sociales tenian ya un sentido fijo, que la soberanía del pueblo estaba consignada en la carta que esparció el precioso gérmen del espíritu público por el dilatado suelo de nues-patria; que el absolutismo de la antigua monarquía habia perdido ya su poder en el espíritu de muchos hombres, que la perspectiva era risueña y parecia brindar con el triunfo al generoso atleta que saltase á la arena. ¿Pero eran estas las únicas dificultades que debian superarse? ¿no habia mucho de ilusion en esta perspectiva encantada? ¿habria sido menor osadía luchar contra el poder escarmentado y triunfante, que sorprender con el movimiento de las masas á un Monarca que contaba ya con el reposo de tres siglos?

Era la época, Señores, en que la fuerza tutelar de la antigua monarquía, cautamente distribuida por todas partes, habia hecho ya casi inaccesible á los antiguos patriotas el teatro de la victoria; en que una cadena funestísima de bélicos desastres habia ya casi extinguido el generoso ardor de los independientes: el restablecimiento del orden opresivo era ya un hecho incuestionable; y si aun habia quedado un último resto de patriotas entre nosotros, los que no se habian indultado, habitaban en las entrañas de los bosques nunca visitados por el viajero, ó en el suelo abrasador de nuestras costas? ¿Cuales eran, pues, los elementos de la revolucion? ¿dónde hallar las esperanzas de una reaccion feliz? ¿Acaso en el número de los combatientes? era una gota en el Oceano: ¿acaso en el valor de los candillos? no olvidarémos jamas el heroico esfuerzo de Guerrero y de Victoria; pero confesarémos así mismo que descansaban ya en la última morada los brazos fuertes que habian llevado el terror á las huestes castellanas: ¿acaso en el deseo de ver realizada una esperanza, cuya importancia se habia hecho sentir á los pueblos? no sé qué genio funesto habia derramado por todas partes una influencia maligna; pero el hecho es que los encantos de la libertad pública, sepultados entre los escombros de la revolucion, eran casi perdidos pa-

ra el pueblo: aun humeaban los restos miserables de antiguas y florecientes poblaciones, aun se erizaba el cabello al recordar los recientes estragos, y hubiera sido preciso tener un espíritu y una civilización extraordinaria para sobreponer el deseo de la libertad al temor de tantos males: el propietario, vuelto como por encanto á sus posesiones arruinadas, temblaba por la vuelta de una revolución que hubiera consumado su desgracia; el artesano laborioso, el labrador pacífico, el activo mercader, el ministro venerable, el magistrado antiguo, no acertaban á exaltar suficientemente la vuelta del orden, y viendo restituida la seguridad personal aventurada por muchos años en el seno de ambos partidos, no conocían bien mas precioso que la paz. Era, pues, mui difícil, conciudadanos, lanzarse de nuevo á un mar turbulento henchido todavía con los restos innumerables de tantos desastrosos naufragios, y mui pequeño á la verdad el influjo de las nuevas teorías, siempre ignoradas del mayor número, muchas veces desdeñadas del menor, y temidas constantemente aun del hombre sensato, para triunfar de un sueño que empezaba á gustarse apenas despues de una vigilia penosamente prolongada por el espacio de dos lustros.

Por otra parte, ¿quién ignora las inconsecuencias de la política de esa época? Si las Cortes de España eran una escuela pública de libertad, se alarmaban al punto que el nombre de independencia resonaba en su recinto: avaros en extremo los peninsulares de esta bella posesion, parecían tener igual empeño en aprisionarla en Cádiz, temerosos de que salvase los límites del Atlántico y viniese á enriquecer las comarcas del Nuevo-Mundo. Dejemos pues, al mezquino criterio de ciertos políticos disminuir las dificultades de esta empresa, para confesar ingenuamente que el designio de libertar á Méjico en 1821, no era ménos arduo que en 1810. ¿Mas por qué incomprendibles medios había de acometerse sin llevar á su colmo la desgracia de un país asolado y desierto? Es mui grato para la filosofía tener en Iguala una brillante prueba de lo mucho que vale el genio en los negocios de las armas. Iturbide recorre con su imaginacion el dilatado suelo de su patria, escudriña con su talento las tendencias políticas de todos los órdenes del Estado, indaga con su crítica el blanco de todos los intereses, diversos en extremo, pero igualmente fuertes, de todas las clases de la sociedad: no se contenta: clávase su vista en esa cadena antigua que liga los dos mundos; contempla á Madrid, recorre todo el palacio de los Reyes, y hace entrar en su cálculo inmenso las ambiciones diversas de la corte. Un rayo de luz viene á iluminar toda la escena política, parecen reunirse en la grande alma de aquel hombre los tres siglos de Mexico; mira casi juntos á Hidalgo y Moctezuma, á Fernando VII y Cortez; encárgase de todas las miras y de todas las causas: todo está calculado; el golpe debe ser seguro; no debe quedar una sola avenida descubierta: es

15

preciso interesar igualmente al Mejicano y al Español; al antiguo insurgente y al presente Monarca: ¿Qué resta pues? Alegraos antiguos patriotas: tranquilizaos españoles: el génio de un grande hombre os asegura, á vosotros la independendencia de vuestra patria, á vosotros la conservacion de un régimen político que aprendisteis á amar desde el primer vagido de la cuna. El plan de Iguala, Señores, es un depósito de grandes promesas, y promesas cuyo cumplimiento pende de la independendencia de la Nacion. ¿Quién se opondrá, pues, al designio? La religion, la independendencia, el Derecho constitucional forman la basa de un edificio que habia de desafiar al poder de las edades. La corte de Madrid no podia alarmarse tanto con un cambio que facilitaba á la Península una influencia de la mayor importancia: las Cortes generales recibian el caro depósito de la voluntad mejicana con el derecho de arreglar para lo sucesivo el régimen político de la Nacion: bórrase la distincion odiosa de las castas: levántase la egida poderosa de la lei para cubrir la propiedad, la vida y el honor; el clero recibe la garantía de sus fueros y preeminencias: no se ha de hacer inovacion ninguna que no esté indicada por las necesidades de la época: el ejército toma una denominacion grande, que indica y ennoblece sus destinos; ninguna relajacion en la disciplina, ninguna traba para la recompensa del mérito: la carrera del honor y de la gloria queda siempre franca: una garantía de union alienta las esperanzas amortiguadas del Mejicano, retira y aleja los motivos de rezelo á los ojos del Español: un delito hai grande y tremendo, una sola clase queda excluida de esta comunion política, la de aquellos que fomenten los antiguos odios y alteren con la discordia el tranquilo y delicioso concierto de voluntades y de luces que trae al seno de Méjico este plan maravilloso y grande. ¿Quién se opondrá pues, al designio? Volved conmigo los ojos, conciudadanos, hácia el año mas fecundo para nosotros, el año que presenció tan nobles esfuerzos de un patriotismo ilustrado.

No son unos hombres sin instruccion y sin órden, diseminados indistintamente por todas partes, los que llevan la buena nueva hasta los confines de la antigua colonia; sino tropas disciplinadas, gefes mui dignos, en quienes brillan á porfia la importancia del valor, la discrecion del juicio y las modales nobles y caballerescas de la educacion militar. Se ha dicho que la persona y el honor quedan garantizados en el nuevo plan, y por lo mismo pasan por donde quiera, sin dejar llorando á la familia saqueada, ni establecido el terror sobre la sangre de las víctimas y las cenizas del incendio. La simpatía del honor allana mucho ántes que los muros de las poblaciones, la voluntad patriótica de sus habitantes: avístase el héroe, y las grandes masas parecen levantarse para conducir sobre sí al nuevo libertador: habla y nadie le resiste, por que tiene probado con su conducta que sabe cumplir su palabra: propone su designio, y obtiene por res-

16

puesta la rendición espontánea de todas las plazas fuertes, el aplauso glorioso que corona el triunfo de los principios, las demostraciones de júbilo de un pueblo patriota y reconocido. ¿Dónde está la insolencia del vencedor? ¿Dónde los rabiosos clamores del vencido? ¿Dónde las lágrimas del huérfano y de la esposa? ¿Dónde la sangre que mancha los arcos del triunfo? ¿Dónde por último, todos los estragos funestos de la guerra? ¡Ó poder admirable del genio! ¡Ó fuerza incontrastable de la sabiduría! ¡Ó triunfos gloriosos del verdadero patriotismo!

Yo abro los fastos de la historia: visito las comarcas antiguas, donde los ecos del viajero repiten melancólicamente los nombres claros é ilustres de Trasíbulo, de Leonidas, de Epaminondas: dejo á la ciudad moderna, para sentarme entre las ruinas que nos recuerdan todavía la patria de los Cicerones y de los Brutos: recuerdo los grandes triunfos de César y de Pompeyo, abro el sepulcro de los Scipiones, escucho la elocuencia de Tulio. Pero en tantos países, en tantos monumentos donde parecen aglomerarse tantas glorias diversas, en todos los vestigios de la celebridad antigua, en la no interrumpida serie de revoluciones diferentes, nada veo, Michoacanos, nada que sirva de modelo á la revolucion sublime de 1821. Por donde quiera sangre, por donde quiera estrago, por donde quiera ruina y desolacion; y solo tú, Michoacano inmortal, solo tú, generoso Iturbide, solo tú conseguiste con la independencia de tu patria la triple corona del genio, del patriotismo y del valor. La gloria de esta empresa es tuya, su ejecucion obra de un arte sublime, su resultado el título fecundo que te hará reinar para siempre en el corazon reconocido de todo mejicano.

¿Y qué no debía esperar Méjico de esta triple garantía que habia de haber sido el baluarte inexpugnable de las libertades públicas y un principio incorruptible de la vida social? Se diria que Iturbide era el hombre de otra época y de otra Nacion, cuando así lo asegura todo, lo promete todo y lo facilita todo. Igualmente distante del fanatismo y de la impiedad, comprendió que nada puede hallarse de útil, sólido ni grande, si no ha de tomarse como en su fuente de este culto de la razon, de la humanidad y del sentimiento, que puso en su centro el patriotismo, dió formas á la sociedad moderna, encadenó para siempre el despotismo de los tiranos, sancionó y dirigió la libertad de los pueblos, impuso deberes al que manda, derechos al que obedece, y fué, para decirlo en una palabra, no solo el pacto del cielo, sino la constitucion política de la tierra.

Quien impulsa las revoluciones políticas obedeciendo á las inspiraciones del odio, conseguirá, si se quiere, un triunfo vano y estéril, pero firmando la proscripcion del vencido, despojará á la victoria de su parte mas bella. Iturbide no rompe la cadena que une á la Península con su Colonia, sino para estrechar al mismo tiempo con

los vínculos de la familia y de la patria, con los lazos deliciosos de la fraternidad y el patriotismo al español y al mejicano. ¿Qué debía resultar de aquí? Hombres unidos por las memorias de lo pasado, donde veían confundirse las primeras conexiones de la familia, por los intereses de lo presente, donde veían en sus relaciones mutuas, en sus aficiones antiguas, en la comunicacion de su idioma, en sus giros ó intereses, aquellos sentimientos sociales que determinan el amor de la patria; y por la perspectiva grata del porvenir, donde hallaban un centro comun de nobles aspiraciones y grandes esperanzas; era mui natural que anduviesen juntos por los nuevos caminos de prosperidad que les abría el plan de Iguala, y que sus esfuerzos combinados fecundasen constantemente las fuentes de la riqueza pública y condujesen á esta Nacion jóven á un punto de los mas elevados en la escala social.

¿Puede, pues, disputarse la sabiduría de una política consumada al que anuncia la independencia de su patria, y hace tremolar una bandera donde todos descubren el emblema glorioso de la religion, de la independencia y de la union? ¡Ojalá los últimos acontecimientos de la historia contemporánea no nos hubieran dado, conciudadanos, pruebas funestas y deplorables de esa grande verdad, pero siempre recordaremos con espanto la espulsion de los españoles y la estupenda corrupcion é inmoralidad de la Acordada!

Yo tengo, pues, sobrados derechos para dar á Iturbide el título de grande, á la vista de una obra que nos colmó de bienes, nos llenó de luces y encadenó irresistiblemente la universal admiracion. Yo bien sé que Iturbide tiene enemigos y grandes enemigos; que su exaltacion al trono inflamó los odios y dió un carácter desesperado á todas las rivalidades; que su coronacion fué glosada de mil maneras; que la perspicacia de sus antagonistas creyó descubrir con ocasion del imperio un motivo secreto de ambicion en la empresa de Iguala; que los partidos juraron esterminar al héroe; que la intriga desplegó toda su pompa y un maquiavelismo disfrazado supo hacerse lugar en el centro de la nueva Corte; sé que una espesa nube se levantó de los restos del trono, ocultó al caudillo tras de sus sombras, dejó libre el campo de las imposturas y franqueó todas las avenidas á las exageraciones políticas de los nuevos partidos: sé que largo tiempo la gratitud mejicana estuvo inclinada bajo el yugo de la lei; que se tenia como un delito alabar al bienhechor, que todo estaba resuelto y todo quedó consumado: pero tambien sé, conciudadanos, que mui pronto volvió la calma; que el reconocimiento nacional tuvo la triste libertad de manifestar su dolor; que el 27 de Setiembre volvió á ser un dia de la patria, y que el Orador no tiene que luchar ya con obstáculo ninguno para ser el órgano de los sentimientos populares.

¿Y qué responderemos nosotros á los que todavía sacan de las

18

memorias del imperio un negro colorido para manchar el digno, puro é inmortal esplendor del Padre de la independencia mejicana? Fácil me sería, ciudadanos, manifestar que hai mucho de exageracion, mucho de rivalidad y envidia, y mas todavia de fanatismo político en tantas y tan graves acriminaciones. Es preciso que ignoren absolutamente la historia del corazon humano y desconozcan tambien los incalculables peligros á que se expone la inocencia misma de los grandes hombres en esas primeras oscilaciones políticas que corresponden al establecimiento y forma de las nuevas instituciones. Seamos sinceros: pongámonos en lugar del héroe desgraciado: contemplemos aquella crisis política, el movimiento natural y espontáneo de un pueblo para engrandecer al caudillo que lo acababa de libertar, el entusiasmo casi instintivo de un ejército suspenso por la admiracion que el propio ha causado y enorgullecido por la gloria que le ha dado su Gefe. Si Norte-América nos ofrece el espectáculo de un libertador que se coloca luego fuera del círculo del poder; Norte-América estaba, si puedo explicarme así, constituida de antemano por sus hábitos políticos mui de otra suerte: cambiaron los nombres y las localidades y no se alteró casi nada el sistema administrativo, mientras acá hubiera sido necesario acelerar el curso de mucho tiempo, y dar, cuando faltaban hasta luces, hábitos é inclinaciones vehementes hácia objetos profundamente desconocidos. Seria pues, comprometido el paso, eminentemente resgosa la posicion del Gobierno, poco meditadas las providencias, nada económico el teatro de la nueva Corte; un rango y un esplendor improvisados deslumbrarian los ojos que debian estar mas fijos que nunca, para facilitar una vista penetrante hácia el bien público. ¿Pero qué resulta de aquí? errores políticos, si se quiere; mas no excedamos estos límites, para borrar las huellas del patriotismo, oponer crímenes improbables á virtudes evidentes, y marchitar con el aliento empozoñado del ódio ó del fanatismo, unos laureles para siempre inmarcesibles.

Al explicarme de esta manera, repito que no es mi ánimo introducirme en la cuestion política, sino resolver las dificultades que se oponen á la gratitud mejicana: que si la fuerza de antiguos resentimientos opone la ocupacion del trono á la realizacion de la independencia, no faltan políticos que crean descubrir en aquel mismo suceso la ocasion de un prodigio nuevo de valor y patriotismo. Se acusa á Iturbide de aspirar á un omnímodo poder, se le acusa de una ambicion desmedida, y no falta quien lleve los cargos hasta el punto de creerle devorado tambien por la *maldita sed del oro*. ¿Queréis una respuesta, ciudadanos? ¿una respuesta que á todo satisface, que todo lo explica, y que arrebatada de una vez todas las armas y cavilaciones indignas al furor de los partidos? Ved al ambicioso, al tirano, al déspota, al codicioso, al hombre vil, bajar de tan inmensa altura, deponer el cetro, abdicar el imperio, proscribirse

19

por sí mismo, dejar en libertad á los que le repelen, poner entre ellos y su persona la inmensidad de oceano, y desembarazar á Méjico de la carga insoportable de un Libertador.

¿Qué secreto principio ha determinado este desprendimiento absoluto, esta relegacion espontánea? ¿por qué bajar de un trono que tanto se ambicionaba? ¿Sería que el temor, el miedo vergonzoso viniese á reemplazar el nunca desmentido esfuerzo de tan insigne caudillo? „No lo hice por miedo, dice él mismo, no lo hice por miedo de mis enemigos; he sabido vencer con cincuenta hombres á mas de tres mil; con trescientos á mas de catorce mil: jamas me retiré en campaña, y con solo ochocientos hombres emprendí quitar al Gobierno Español el dominio de la América Septentrional, cuando él contaba con todos los caudales, con once regimientos espedicionarios, siete veteraos, diez y seis provinciales del pais y setenta ú ochenta mil realistas que habian obrado con firmeza contra los partidarios de Hidalgo.” ¿Será por ventura, que lo hubiese abandonado ya la voluntad del pueblo? „El dia que pensé salir de Méjico, responde él mismo, no lo pude verificar por que me lo impidió el pueblo. En los pueblos por donde transité, que fueron pocos, por que se procuró llevarme de hacienda en hacienda, me recibieron con repiques, y á pesar de la violencia con que era tratado por mis conductores, los vecinos corrian ansiosos para verme y darme los sinceros testimonios de su amor y respeto.” ¿Le faltaban acaso medios suficientes y eficaces para humillar el orgullo de sus enemigos? „Consecuente á la rectitud de mis principios, dice, no quise, como pude, ponerme á la cabeza de la última revolución: si hubiera obsequiado las invitaciones de sus principales corifeos, conservando el mando supremo con un nombre ó con otro, el tiempo me habria dado mil ocasiones de ejercerlo á mi placer.” ¿Será finalmente que henchido y satisfecho de tesoros, quisiese traspasar los mares para ir á disfrutar en las Cortes europeas los encantos que una sociedad brillante ofrece á la vista del opulento? él hubiera sido el primer avaro y codicioso que dijese, „ya basta;” mas para no manchar la respetable memoria de un hombre que no tuvo la vileza de prostituir con una pasion tan infame, un puesto tan ilustre: escuchémosle á él mismo. „La mejor prueba de que no me enriquecí es que no soi rico: no tengo ni lo que tenia cuando empecé la independencia, y léjos de abusar de los caudales públicos, ni aun quise tomar de la tesorería las asignaciones que se me hicieron; si alguno sabe que en cualquiera banco extranjero hai fondos míos, le hago cesion de ellos para que los distribuya á su arbitrio.”

En efecto, conciudadanos, Iturbide no depuso el cetro por temor, tampoco por que hubiese visto espirar al pie de su trono el prestigio que acababa de conquistar con la independencia en los corazones mejicanos: seria necesario ser un imbécil para suponer que hu-

biese carecido de recursos con que hacer una revolucion decisiva; y nada menos que un malvado, para persuadirse que hubiese cambiado, por el oro la purpura y la gloria. ¿Cuál es pues, decidme, cual es el motivo verdadero, que le determinó á practicar una accion tan magnánima? Oidle todavía, conciudadanos, oidle sin reze!o: no dudeis que su palabra es el intérprete de su corazon, ménos cuando acabamos de recorrer inútilmente para explicarlo todo, una serie de suposiciones no solamente falsas sino del todo inverosimiles. „Yo „habia dicho, nos responde, que luego que conociese que mi Go- „bierno no era conforme con la voluntad de todos, ó que el perma- „necer al frente de los negocios, era un motivo para que la tran- „quilidad pública se alterase, descendería del trono gustoso: llegó el „caso, cumplí mi palabra, y solo tengo que agradecer á mis perse- „guidores que me hayan dado ocasion de manifestar de un modo „inequívoco que estuvieron siempre en consonancia mis palabras con „mis sentimientos.”

Quitad en efecto el temor, el abandono de los pueblos, la impotencia absoluta y las inspiraciones propias del interes; y á la razon solo queda el patriotismo, para hacerla comprender las causas únicas de tan grande y generoso desprendimiento. ¡Victoria sobre todas las victorias! ¡Triunfo sublime que tiene mui pocos dechados en los fastos del heroismo! ¿No se concibe efectivamente mayor grandeza en desprenderse de todas las afecciones personales despues de los triunfos mas señalados, que en comprometerse, para libertar á un pueblo, en el laberinto inexplicable de todos los peligros y todos los azares de la guerra? Cuando yo veo á este, que todos le aclamaban, y con justicia, dueño de todas las glorias y depositario de todo el poder, elevado al trono sin haberse mecido jamas en la cuna de los príncipes, cuando le veo empuñar el cetro despues de haber guardado para su gloria la espada que trosó las cadenas de la antigua Colonia, cuando le veo afirmado en cierto modo por un decreto que abre á Méjico una dinastía de reyes, me parece mas difícil concebir que baje espontáneamente de esa altura, desprendiéndose para siempre de todo derecho y de toda esperanza, que el que se hubiera conservado en la quietud apacible de la vida doméstica, despues de haber conseguido la libertad de su patria. Es mas fácil renunciar al poder ántes de haber probado sus prestigios, que dejar un trono gustado por unos instantes, y dejarle en las manos de los mas pertinaces enemigos. ¿Por qué triste fatalidad, conciudadanos míos, nos hemos de empeñar tanto en borrar de nuestra historia ilustre la mas bella de sus páginas, disminuyendo el alto precio de una accion, que es el último esfuerzo del patriotismo, la prueba mas difícil de la grandeza de alma; y que en sentir de M. Tulio, es una cosa superior al heroismo, por que es y ha sido siempre mas fácil vencer legiones enteras, que hacer en las aras de la patria el

21

holocausto casi divino de los propios sentimientos. „Venciste á la mis-
„ma victoria, esclamaba delante de Cesar, tan solo por que fué clemen-
„te con el vencido.” ¿Qué dirémos de Iturbide? „Mejicanos, os dice
„desde una region distante, mi mayor sacrificio ha sido abandonar
„para siempre una patria que me es tan cara, un padre idolatrado,
„cuya edad septuagenaria no permitió traerle conmigo, una hermana, cu-
„ya memoria no puedo recordar sin dolor, deudos y amigos que fuéron
„los compañeros de mi infancia y de mi juventud, y cuya sociedad for-
„mó en tiempo mas feliz los mejores dias de mi vida. Mejicanos:
„el mejor de vuestros amigos jamas desmereció el afecto y la con-
„fianza que le prodigasteis: mi gratitud se acabará con mi existen-
„cia. Cuando instruyáis á vuestros hijos en la historia de nuestra
„patria comun, inspiradles amor al primer Gefe del ejército trigarant-
„te; y si los mios necesitan alguna vez de vuestra proteccion, acor-
„daos de que su padre empleó la mejor parte de su vida en traba-
„jar por que fueseis dichosos.”

¿Lo habeis oido, Michoacanos? Párte para remover hasta el úl-
timo pretesto y dejar á Méjico en libertad plena de colocarse bajo las
instituciones que tuviesen mayores simpatías con sus inclinaciones polí-
ticas: se priva de la patria con el fin de que la patria descanse
ya de tantas imprecaciones que lanzaban contra el héroe los enemi-
gos del trono: páрте, cuando genios envidiosos en el exceso de
sus imposturas se atreven á ofrecer á Méjico paz y felicidad como
una consecuencia infalible de la caída de Iturbide: páрте, y allá en
las regiones lejanas, en donde se propone pasar el resto de sus dias,
no tiene asunto mas caro para su corazon que la felicidad de los
mejicanos, forma los votos mas ardientes y se tiene por feliz en me-
dio de su desgracia, con tal que su ruina pueda servir de ocasion
al engrandecimiento de esta patria querida. ¿Qué no sacrificó por
nosotros? ¡Ah! los placeres deliciosos que proporciona la vista de
un padre, los goces puros de la familia, los suaves y estrechísimos
lazos de la infancia, nuestro cielo encantador, nuestro clima risueño,
el aire puro y balsámico de Anáhuac, los encantos de esta hermo-
sa y magnífica naturaleza, la patria, en fin, esta patria cuya pérdi-
da, conciudadanos, marchita el alma del viajero y hace correr sin
cesar lágrimas amargas por el rostro macilento del proscrito.

¿Y será perdido tan costoso sacrificio? ¿y esta grandeza de alma,
estos sentimientos heroicos, esta generosidad inaudita, no formarán un muro bastante fuerte contra los embates continuos de la
rivalidad y la envidia? ¿este sacrificio tan espontáneo habrá perdido
ya todo su poder sobre el alma sensible y reconocida de los mejicanos?
¡Ilustre y desgraciada víctima! no lances contra tu patria los ana-
temas merecidos por tanta ingratitude y tamaña perfidia. Espera un
tanto: dará un paso el tiempo, y la luz terrible del desengaño, ha-
ciendo resplandecer de nuevo el aspecto de tus virtudes sociales, y

poniendo á la vista de la Nacion las maquinaciones astutas de tus antiguos rivales, te concederá un triunfo todavía mas bello. Tú volverás á tu patria: un nuevo dia mas claro que el 27 de Setiembre precederá á tu nueva victoria: el pueblo reconquistará la libertad inefable de mostrarte su gratitud y su amor; él pondrá de nuevo en tus manos su poder y sus destinos, y tú disfrutarás un placer mas puro, el mas intenso de tu vida, no ciertamente con dirigir la nave y salvarla de una segunda borrasca, sino con saber que al partir de Méjico, te acompañaron los suspiros del mejicano y te siguieron las lágrimas y las bendiciones de tu patria. Tú.....¿pero á donde me arrastra mi sentimiento, ciudadanos? ¡Ó dolor acerbo, dolor cruel que despedazas las entrañas! El héroe, el libertador, el nuevo padre de Méjico, Iturbide, el caro Iturbide, engañado quizá por este falso presentimiento, vencido por la triste melancolía, arrastrado por un amor tierno, impulsado por un sentimiento de que no es dueño el hombre, deja la tierra estrangera y vuelve á buscar un asilo en las caras riberas de su patria. ¡Ó dolor! ¿por qué triste fatalidad han de quedar riempre frustradas las nobles inspiraciones de los buenos? ¿Qué misterio es este que añade tantas fuerzas al crimen y sacrifica no pocas veces en sus inmundas aras la inocencia y la virtud? El corazon del héroe palpita sin duda de placer, cuando vé dibujarse á lo léjos sobre un horizonte puro las montañas queridas de su patria. Apresura su marcha, salta la ribera, una mano amiga se le tiende....era la de la traicion y la perfidia....Abri-gaba todavía las esperanzas, cuando estaba levantándose ya el cadalzo en que habia de perecer.

¡Hombres de genio, almas grandes, héroes esclarecidos, he aquí vuestra suerte! La rivalidad, la envidia, la calumnia, la traicion, la perfidia, el crimen: tal es el patrimonio que ofrecen vuestros contemporáneos á vuestros grandes servicios. ¿Quién de vosotros ha gozado en toda su plenitud el sueño de la gloria? ¿Quién de vosotros no ha visto levantarse la nube á obscurecer el dia de fiesta y de placer? ¿Cuál es pues, la recompensa del heroismo? ¿En qué caos han ido á sumergirse los rayos purísimos de la gloria? ¿Siempre ingratitud y siempre crímenes? ¿siempre la persecucion ha de precipitarse sobre las huellas de la virtud? ¿siempre la envidiosa mediocridad ha de minar el trono del genio? ¿nunca los hombres han de ser justos? Pues si tales han de ser los frutos de la ciencia militar, del noble esfuerzo, de la insigne y merecida reputacion, de los servicios mas señalados y de la fortuna guerrera: si despues de hacer servir la fuerza á la conservacion del órden público, de ofrecer los sacrificios mas grandes al bienestar de las Naciones, no ha de conseguirse otra cosa: si despues de hacer venir á tierra un trono que dominaba dos mundos, é interrumpir al solo arrimo de un fuerte brazo una cadena de opresion que habia atravesado el Atlántico por

tres siglos, no habia de alcanzarse por única recompensa, sino la muerte y una muerte acompañada con todas las circunstancias del crimen y de la perfidia: ¡héroe incomparable! ¿por qué desafiaste á todas las potestades? ¿por qué te lanzaste en el seno de los mayores peligros? ¿por qué lo sacrificaste todo? ¡Ó una y mil veces dichosos, vosotros á quienes fué dado perecer en la tempestad ántes de tocar al puerto! Hidalgo, Allende, Morélos, Matamoros, dichosos vosotros que moristeis al golpe terrible que os descargaron los enemigos de vuestra patria: bajasteis es verdad, al sepulcro, pero sin llevar con vosotros la mas cruel de todas las heridas, el mas intenso y amargo de todos los dolores, el mas profundo y penoso de todos los sentimientos, el golpe siniestro y vil de la ingratitude!

Mejicanos: no dejemos caer las espesas sombras de tan tristes recuerdos sobre este claro dia; pero si me es permitido no aventurar inútilmente estos sentimientos melancólicos, escuchad el voto ardiente que forma mi corazon: cese ya de disputarse la gloria del héroe de Iguala; enmudezca para siempre el ruido sordo de la rivalidad y de la prevencion, reconozca todo el mundo su grandeza, y ofrezcamos todos á su memoria un tributo tan digno del héroe como de la Nacion magnánima que le debe su libertad.—DIJE



Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
<http://biblio.juridicas.unam.mx>

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
<http://biblio.juridicas.unam.mx>

